
RICARDO CIERBIDE

**CONVIVENCIA HISTÓRICA DE
LENGUAS Y CULTURAS EN
NAVARRA**

1. ÉPOCA PRERROMANA

Al intentar abordar el estado lingüístico del pasado de un territorio, como es nuestro caso, es evidente que nos planteemos la cuestión fundamental, a saber, qué pueblos se fueron asentando en estas tierras y qué lenguas hablaron.

Sabemos con certeza, gracias a los estudios realizados principalmente por arqueólogos y lingüistas que los Vascones ocuparon una gran parte de la Navarra actual, este de Guipúzcoa hasta San Sebastián y zonas pirenaicas nororientales, hasta tal punto que la Vasconia Hispana se extendía por el norte desde la antigua Oearso, Navarra y el Alto Aragón hasta los ríos Esera y Noguera Pallaresa, como lo demuestra la toponimia primitiva de cuño vasco.

Por el sur el límite de los Vascones se aproximaba al Ebro, si bien al contrario de lo que detectamos al norte, en esta zona meridional se advierte una ausencia casi total de nombres vascos, prueba evidente de que o fueron desplazados por otros pueblos, o bien se asimilaron a los instalados en la región. Las investigaciones arqueológicas han demostrado por su parte que a lo largo del primer milenio a. C., entre el Bronce Final y el Hierro I, diferentes pueblos procedentes del Centro de Europa y de carácter indoeuropeo se fueron asentando dentro del territorio poblado por Vascones, Várdulos,

Caristios y Austrigones de habla vasca. Más tardíamente llegaron otros, al parecer más numerosos, durante el Hierro II, alrededor del siglo V a. C., estableciéndose en las tierras meridionales de Navarra y de la Rioja Alavesa, dedicándose al cultivo cerealista.

Como consecuencia de ello, según L. Michelena: "...el país vascón estaba probablemente tan lejos de ser unilingüe hacia comienzos de la influencia romana, como el reino de Navarra en la Edad Media".¹ Y en otro lugar: "...por los comienzos de nuestra Era e incluso un siglo antes, el territorio vascón era plurilingüe, con la Ribera por lo menos, de habla probablemente celtibérica".² En igual sentido se expresan A. Tovar y J. Caro Baroja, para quienes está fuera de duda que tanto el sur de Navarra, como el de Alava estuvieron poblados por numerosos núcleos celtas.

El propio Untermann, a la vista de los numerosos topónimos navarros como *Kournonium*, *Bitouris*, etc. o antropónimos de clara procedencia céltica, como *Ablanius*, *Ambatus*, *Betunus*, *Buturrus*, *Segontius*, *Viriatus*, etc., incluidos los nombres mismos de las tribus vascas, afirma que una fuerte población de origen celtibérico se asentó en la frontera de Navarra y Alava.

A. Tovar,³ basándose en trabajos arqueológicos y estudios de inscripciones y de leyendas monetales, afirma que con toda certeza el celtibérico se habló en una amplia zona que comprendía, entre otras, las provincias de Soria, la Rioja, Zaragoza y el sur de Navarra. Igualmente J. Caro Baroja⁴ considera que: "...la desvasconización de Navarra y Alava tuvo una fase prerromana en la que los celtas se establecieron en puntos de ellas de una manera firme". Tres años más tarde el citado autor, que se caracteriza por su ecuanimidad y ponderación, escribía que en la ribera del Ebro la desaparición del euskera debió ser la más temprana y añade: "...si es que allí se habló alguna vez, tal como hoy se habla o se hablaba a fines de la Edad Media".⁵

El hecho mismo de haber atravesado sucesivas oleadas de pueblos centroeuropeos durante centurias el paso de Ibañeta para asentarse en las tierras cerealísticas del Ebro hizo pensar a autores como Bosch y Gimpera y B. Taracena que "durante mucho tiempo el antecesor del vasco lindó con idiomas célticos y que hasta dentro del área vasca hubiera muchos núcleos celtas".

Los Vascones, a comienzos de la época imperial, debido sin duda a la política seguida de concertación y no de enfrentamiento, debieron alcanzar por el sur hasta la raya del Ebro, incluida Calahorra. Los límites de la lengua vasca por el nordeste llegarían hasta el territorio de los Cerretanos e Ilérgetes, con su continuación hacia el norte hasta la vieja Aquitania, tan abundante en inscripciones protovascas, confirmando de este modo los textos de Estrabón que aluden a la relación entre los pueblos del norte peninsular y los de la Aquitania.

L. Michelena y J. Caro Baroja, entre otros, consideran que antes de la ocupación romana la implantación del euskera y de sus variedades dialectales era ya un hecho incontrovertible, ya que de otro modo no podría explicarse el firme arraigo de la lengua.

(1) Cf. «Los dialectos indoeuropeos hispánicos», *Zephyrus* II, 1960, pág. 248.

(2) Tomado de González Ollé, F. «Vascuence y romance en la historia lingüística de Navarra», *BRAE*, 1970, pág. 34, n. 10.

(3) Cf. «Lenguas prerromanas indoeuropeas», *ELH* I Madrid 1960, pág. 102.

(4) Cf. «Observaciones sobre la hipótesis del vasco-iberismo considerada desde el punto de vista histórico», *Emerita*, 1943, II, núm. 52. Entre las excavaciones arqueológicas más ilustrativas realizadas en asentamientos célticos de Navarra por B. Taracena, L. Vázquez de Parga y R. Ballester, cabe citar los resultados publicados en tres volúmenes, *Excavaciones en Navarra*, Pamplona 1947, 1954 y 1956. Asimismo son dignas de consideración por su rigurosidad las publicadas por J. Maluquer de Motes, *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra*, Pamplona 1954-1958; «Notas estratigráficas del poblado celtibérico de Fitero», *Príncipe de Viana*, 1965, págs. 331-42. En dichos trabajos se analizan los resultados obtenidos en los yacimientos de Cortes, Arguedas, Fitero, Monteagudo, Tulebras, Urzante, etc.

(5) Cf. *Materiales para la historia de la lengua vasca en relación con la latina*, Salamanca 1946, pág. 14.

Referente a Navarra gran parte de su población sería de lengua vasca, si bien los miembros más destacados de la misma habrían preferido llevar nombres de tipo indoeuropeo, al igual que en el resto de la Península.

Al norte de la cordillera pirenaica los límites septentrionales del protovasco habrían experimentado un fuerte retroceso debido a la presión del galo, estrechándose de este a oeste desde Arán, Saint-Bertrand-de-Comminges, Bagnères-de-Luchon y la llanura en torno a Auch, hasta llegar a los límites de la Euskal Herría histórica. El protovasco pirenaico se extendería hasta el Alto Pallars junto con Benabarre, Tremp, Sort y Andorra prolongándose hasta Sos y Ejea de los Caballeros. Por el sur los límites son más imprecisos, debido al contacto con el ibérico y el celtibérico.

2. ROMANIZACIÓN

La llegada de los conquistadores en la primera centuria a. C. procedentes de Caesaraugusta siguiendo el curso del Ebro y de sus afluentes Aragón y Arga tuvo repercusiones económicas, políticas, culturales y lingüísticas de primerísimo orden hasta el punto que marcaron en los Vascones una impronta indeleble en todos los sentidos. La primera noticia data del 90 a. C., como lo muestra el bronce de Ascoli que recuerda a una serie de Vascones recompensados con la ciudadanía romana por su participación en la *Turma Salvitana*. Estrabón en su *Geographia* (III, 4, 10) refiere cómo Pompeyo acampó en *Pompaelo* en el año 75 a. C.

Roma con la ocupación del *Ager Vasconum* y su implantación en la zona media contribuyó como ningún pueblo anterior al cambio de lengua y cultura gracias a su prolongada estancia, materializada en la creación de la *civitas Pampilonensis*, fundada al parecer por Pompeyo en torno al 75 a. C., *Cascantum*, *Andelo*, *Turisa*, *Alantone*, *Nemanturisa*, *Ergavica*, *Tarraga*, *Muscaria*, *Setia* y *Alauona* y una numerosa serie de *fundi* o explotaciones agrarias. Los restos romanos consistentes en mosaicos, monedas, ánforas, fustes de columnas, capiteles, miliarios e inscripciones, encontrados en más de sesenta localidades, son la prueba evidente de una intensa romanización cultural y lingüística, particularmente profunda en las tierras de la orilla izquierda del Ebro, como Ablitas, Arguedas, Cascante, Castejón, Corella, Monteagudo, Murchante, Soto del Ramalete, Fitero, Andosilla, Sartaguda, Milagro, Lodosa, Falces, Funes, etc.; así como en la zona media: Aibar, Andiñ, Arellano, Arre, Arróniz, Artajona, Carcastillo, Estella, Gallipienzo, Gastiain, Leire, Lerga, Liédena, Lumbier, Olite, Oteiza, Pamplona, etc. Son dignos de citar los numerosos topónimos terminados en *-ain*, como: Amalain, Amatriain, Ancín, Allín, Astrain, Barasoain, Burutain, Barbarin, Guendulain, Marcalain, etc. y que responden a explotaciones agrarias de 500 a 1000 hectáreas.

El territorio navarro de los Vascones se hallaba recorrido por calzadas, la procedente de *Burdigala* (Burdeos), como señala el Itinerario de Antonino con mansiones en el *Immus Pyrineus* (Donibane Zaharra o Saint-Jean-le-Vieux), la del *Summus Pyrineus*-Ibañeta, Turisa, Alantone, Pompelona (Pamplona), Alba-Araceli (Araquil), etc.; la registrada por el Itinerario Anónimo de Ravena que marca un nuevo trazado por Segian, Tarraga, Cara (probablemente relacionada con Cara o Santa Cara) y Pompelona. A estas vías habría que sumar la procedente del Mediterráneo que adentrándose por el valle del Ebro remontaba por Lérida, Huesca y Zaragoza en dirección a Turiaso (Tarazona), Graccurreis (Alfaro), Calagurreis (Calahorra), Vareia y Segisamo (Sasamón) para continuar por Castilla y que relacionaría a las gentes de ambas riberas del Ebro. Por último tenemos las vías secundarias que unirían la Jacetania con Pamplona pasando por Tiermas y Eslava, así como la procedente de Oearso (Oyarzun) que alcanzaría Pamplona a través de Velate.

La nueva cultura que se instaura ya en el siglo I a. C. y que se prolonga con el Imperio hasta el siglo III d. C., especialmente en las tierras del *Ager Vasconum* y en la Zona Media, se dejó sentir desde el punto de vista lingüístico en la implantación de la lengua latina que sustituyó a las hablas célticas y celtibéricas del sur por un lado y por otro ejerció un intenso influjo en la fonética y léxico sobre la lengua vasca, sin afectar sin embargo a su morfología y sintaxis.

Siguiendo a L. Michelena,⁶ podrían distinguirse dos etapas en el proceso del influjo del latín sobre el euskera. La marcada por un estrato más antiguo que afecta a:

a) los préstamos latinos con *ĩ, ũ* que no pasaron a *e, o*: vasc. *bike* 'la pez' < lat. *pice*; *kirru* 'cerro' < lat. *cyrru*; *gisu* 'yeso' < lat. *gysu*; *butsu* 'pozo' < lat. *puteu*, etc.

b) las voces con *o, e* tónicas procedentes de *ō, ē*: vasc. *portu* 'puerto' < lat. *portu*; *borta* 'puerta' < lat. *porta*; *erru* 'error' < lat. *errore*; *berna* 'pierna' < lat. *perna*, etc.

c) las palabras con consonante velar sorda y sonora ante *e, i*: vasc. *bake* 'paz' < lat. *pace*; *kerexa* 'cereza' < lat. *ceresia*; *errege* 'rey' < lat. *rege*; *magia* 'vaina' < lat. *vagina*, etc.

d) las palabras con consonantes sordas intervocálicas latinas *-p-, -t-, -k-*: *apiriku* 'abrigo', *erripa* 'terreno en declive', *errota* 'molino', *ezpata* 'espada', *joku* 'juego', *luku* 'bosque', etc.

Son préstamos acaso más tardíos los que presentan la reducción de las geminadas *-ll-, -nn-*: *gatzelu* < lat. *castellu*, *tipula* < lat. *cepulla* 'cebolla', *okela* < lat. *bucella* 'carne', *capana* < lat. *capanna* 'cabaña', *anhoia* < lat. *annona* 'provisión', *ohore* < lat. *honore*, *lukaika* < lat. *lucanica*, etc.

(6) Cf. «El elemento latino-romance en la lengua vasca», *FLV VI*, 1974, págs. 183-209.

A este conjunto habría que añadir aquellas voces con sonorización de los grupos *-nt-*, *-lt-*, *-nk-*, etc., como: *denbora* 'tiempo', *abendu* 'diciembre', *boronde* 'frente', *aldare* 'altar', *zaldu* 'bosque, etc. o los participios en *-atu*: *barkatu*, *bazkatu*, *madarika-tu*, *izkiribatu*, etc.

Esta romanización afectó a los extremos de Vasconia con los pueblos ibéricos y celtibéricos vecinos suplantando la nomenclatura indígena por otra, principalmente latina, en el territorio de los Vascones y Autrigones de la zona más inmediata al Ebro, quedando como límite de la toponimia vasca, en cuanto a Navarra se refiere de este a oeste: Murillo el Fruto, Ujué, San Martín de Unx, Larraga, Allo, Arróniz y Zúñiga.

Una segunda fase de romanización lingüística más tardía y que no llegó a constituir un núcleo uniforme afectó a Andorra, Noguera Pallaresa y Alto Aragón con su prolongación en Navarra, donde los topónimos de origen vasco experimentaron alteraciones fonéticas románicas, especialmente en lo que se refiere a las diptongaciones de tipo [jé], [já], [wé], [wá], [wó], como se advierte en *Navascués*, *Xabier*, *Egüés*, etc. Esta romanización tuvo como ejes de penetración por una parte Zaragoza y por otra el puerto pirenaico de Jaca.

Por lo que se refiere a Navarra esta segunda fase de romanización en torno al río Aragón, comprende las tierras de la merindad de Sangüesa, donde convivieron las formas autóctonas vascas junto con las romanizadas, como: *Apartotze-Apartués*, *Nardotze-Nardués*, *Galipentzu-Gallipienzo*, *Nabaskotze-Navascués*, etc. Estos nombres forman una capa vasco-aquitana, como señalaron Rohlf y Seguy.

La muga lingüística en esta zona se mantuvo estable hasta el siglo XVIII y comenzó lentamente a retroceder hasta tomar un fuerte impulso a fines del siglo XIX, consumándose su extinción en el siglo XX. La principal defensa de la lengua vasca en los territorios navarros del *Saltus* durante este largo período que se extiende hasta el siglo IV d. C. fue sin duda su pobreza económica y la escasa población del mismo que provocó su propio retraso cultural haciendo menos atractiva la cultura latina. El género de vida primitiva y rústica de los euskaldunes no atrajo la inmigración de gentes de habla latina, acostumbrados a otro género de vida, ni la costa atlántica ejercía entonces el papel preponderante que adquirió mucho después.

A partir del siglo III y en particular con Alejandro Severo (235 d. C.) una fuerte crisis económica y social sacudió al Imperio, con grave deterioro de la vida urbana en beneficio de la rural, retrocediendo el latín frente a las lenguas vernáculas. Este fue el caso del euskera que recuperó terreno a costa del latín. Con la conquista de los francos en la Galia y de los godos en Hispania la romanización avanzó en ambos territorios, en oposición a lo que aconteció en Euskal Herría, donde la población indígena reaccionó a ambos lados del Pirineo oponiéndose al dominio franco-visigótico, logrando así una expansión sobre los mismos.

San Gregorio de Tours narrando los hechos acontecidos el año 787 en la vertiente norte escribe: “Los vascones descienden de sus montañas irrumpiendo sobre la llanura, arrasando viñas y campos, incendiando casas y arrebatando cautivos y ganado, contra los cuales luchó con frecuencia Astrovaldo”. Otro tanto refieren las crónicas visigodas aludiendo a las incursiones de los Vascones al sur y los contraataques de Recaredo, Gundemaro, Suintila (621), Recesvinto y Wamba.

La Pamplona romana arruinada volvió a manos de los Vascones, así como la montaña de Navarra y Aragón y gracias a esta actividad la lengua vasca se mantuvo, así como la estructura social arcaizante de sus hablantes, netamente diferenciada de la de los pueblos circunvecinos.

3. ÉPOCA MEDIEVAL

A la irrupción de las invasiones bárbaras, cuyo influjo en Euskal Herría debió ser mínimo, sucedió en la Hispania visigótica la ocupación árabe que se extendió por el valle del Ebro a partir del 750. Las tierras próximas a Tudela y en general toda la zona de influencia mediterránea cayó bajo su dominio provocando una oposición muy fuerte de modos de vida económica, étnica, cultural y lingüística entre la población que habitaba las tierras ribereñas del Ebro y de los cursos bajos del Ega, Arga y Aragón. Al sur del *Saltus* la población se arabizó y mozarabizó lingüísticamente, al este y al oeste se romanceó y al norte se mantuvo tanto la lengua vasca, como su homogeneidad social y su hábitat.

Con la implantación de hispano-árabes, se instalaron mawlas y bereberes especialmente en la Mejana tudelana, penetrando en Navarra formas de vida, técnicas y lengua diferentes. La frontera meridional que separaba a navarros norteños de habla vasca de los mozarabizados y de reciente inmigración estará a lo largo de los siglos X y XI representada por una línea imaginaria que iba por Peña, Cáseda, Gallipienzo, Ujué, San Martín de Unx y Pueyo. El límite máximo de la toponimia árabe estaría en Tafalla, la *Altafaylla* citada por el cronista Al-Idrisi con motivo de la razzia de Abd-al-Rahama III el año 924. Tafalla marcaría el límite norte de la frontera entre el reino navarro y el poderío musulmán en el siglo IX. Para los navarros euskaldunes esta tierra era la *Erriberri* que tendría su paralelo en la Tierra Nueva del lado aragonés.⁷

Más al sur los núcleos urbanos llevan nombres latinos romanizados o de origen prerromano latinizados y en algunos casos plenamente árabes. Baste citar: *Estercuel* (< lat. Stercore), *Cadreita* (< lat. cataracta), *Calchetas* (< lat. calceatas), *Cortes* (< lat. *corte ‘redil’), *Ribaforada* (< lat. ripa forata), *Valtierra* (< lat. vallis terra), *Bunuel* (< lat. balneolu), *Fitero* (< lat. fictoriu ‘limitante’), *Falces* (< lat. fauces, arabizado *Falyus*), *Peralta* (< lat. petra alta, arab. *Bitralda*), *Cabanillas* (< lat. capanna), etc. Asimismo *Urzante*, *Murchante*, *Tulebras*, *Ablitas*, *Barillas*, *Cintruénigo*, *Pitillas*,

(7) Cf. *La campaña musulmana de Pamplona, año 924*, por A. Cañada Yuste. Pamplona 1976, págs. 102-106.

Beire, etc., varios de los cuales pertenecen a un sustrato anterior a Roma. En la concesión del Fuero de Sobrarbe a Tudela por Alfonso I el Batallador en 1119 se citan almunias y topónimos de la Mejana como *Albecha*, *Alborges*, *Alcaiet*, *Alfaget*, *Algazira*, *Alfandega*, *Aliduz*, *Almazera*, *Almenara*, *Atalaya*, etc. de clara explicación árabe.

A partir del siglo X con la toma de Nájera, Albelda, Viguera y Calahorra por Sancho Garcés I con ayuda del rey de León Ordoño II, entre el 918 y 920, tras someter Monjardín y la tierra de Estella, a pesar de la derrota del rey navarro en Valdejunquera a manos de Abd-al-Rahaman III, un nuevo territorio poblado por gentes no vascas, romanizadas, se incorporó al reino. Dicha conquista, fundamental para entender tanto la historia del reino de Navarra, como el hecho lingüístico diferenciador euskera-romance, permitió que la sociedad navarra, apenas evolucionada desde la caída del Imperio romano, comenzara a incorporarse a los destinos peninsulares de la mano, primero del latín tardío medieval y después de un romance riojano-navarro-aragonés que se extendía desde Jaca hasta Albelda, Nájera y San Millán de la Cogolla.

A partir de ese momento el centro político, cultural y económico del reino se traslada a Nájera, donde residirán el rey y la corte hasta la muerte violenta de García IV de Peñalén (1076) por instigación acaso de Alfonso VI de Castilla, en connivencia con los ricos hombres de Navarra y sus propios hermanos Ramón y Ermisinda.

Los monasterios de San Salvador de Leire y de Santa María de Irache se verán desplazados por los de San Martín de Albelda y San Millán de la Cogolla que se convierten en el centro cultural más importante del reino. Esta expansión política por tierras de la Rioja se vio acompañada, como muy bien dice J. M^a Lacarra,⁸ de un asentamiento de pobladores procedentes de Navarra y Alava que contribuyeron así a la unificación de los distintos territorios. “Con estos avances”, advierte dicho autor, “la monarquía pamplonesa se asienta sobre una base territorial más amplia, respondiendo sus gentes a tradiciones y culturas muy diversas del tronco vascón”.

Este conjunto de pueblos, navarro de habla vasca, aragonés de expresión romance y riojano de tradición romana, entra en la historia del siglo XI, tras sobrevivir a las *razzias* de Almanzur, iniciando su modernidad gracias a la política diplomática emprendida por Sancho III el Mayor (1004-1035) de un lado con el reino de León y los condados de Castilla y Aragón, y de otro con los de Gascuña y Aquitania, dando entrada a partir del último tercio del siglo XI al asentamiento de gentes procedentes en su mayoría de Occitania en las nuevas villas y burgos creados a lo largo del Camino de Santiago a su paso por Navarra.

Como consecuencia de todo ello la sociedad navarra a partir de fines del siglo XI resultó particularmente heterogénea y a decir de J. Caro Baroja⁹ en el reino de Navarra no hubo unidad lingüística, ni cultural, ni acaso étnica. Sí, en cambio, existió la vieja unidad del vínculo real que supo aglutinar a navarros euskaldunes de la montaña y zona media con hispano-romanos ribereños y riojanos, hebreos de las aljamas, moriscos tudelanos y francos de los burgos.

(8) Cf. *Historia del reino de Navarra en la Edad Media*. Pamplona 1975, pág. 96.

(9) Cf. *La Casa de Navarra, I*. Pamplona 1982, pág. 26.

3.1. Componentes lingüísticos de la sociedad medieval navarra

3.1.1. Elemento vasco

“La frontera sur de la lengua vasca en la Navarra medieval no experimentó variación alguna hasta bien entrada la Edad Moderna, afirma F. González Ollé.¹⁰ Al norte de la línea del curso bajo del río Aragón marcada por las villas de Carcastillo, Murillo el Fruto y Santa Cara, siguiendo por el valle del Cidacos con Pitillas, Beire, Olite y Tafalla para proseguir con Artajona, Mendigorria, Oteiza, Estella, Ayegui y el valle del Ega hasta Acedo, la lengua vasca sería en unos casos dominante, en otros exclusiva, continuando así un estado de lengua que vendría, acaso, desde la prehistoria.

Los testimonios al respecto son abundantes, como el citado por el cronista árabe Himiari, quien al referirse a los habitantes de la Cuenca de Pamplona o Iruñerría dice que “la mayor parte habla *al-baskiya* (o euskera), lo que les hace incomprensibles”.¹¹ Asimismo son pertinentes las abundantes glosas insertas en el Becerro Antiguo de Leire cuando advierte a propósito de un monte “qui dicebatur rustico vocabulo Ataburu” (1045-1051), o de cierta tierra situada en un lugar “quod dicitur in basconica lingua *Musiturría*” (1060), o de una viña sita en un término “quem bascones vocant *Ygurai Mendico*”, etc.¹²

Diversos textos de los siglos XII y XIII declaran explícitamente al euskera como *lingua navarrorum*. Así en un documento fechado en 1167, refiriéndose a los mayores Orti Lehoarriç y Aceari Umea les llama *unamaïçter y buruçaqui* “ut lingua navarrorum dicitur”, es decir, en la lengua de los navarros. Similarmente Alfonso el Sabio en su *General Estoria*, en el último tercio del siglo XIII, equipara lingüísticamente a vascos y navarros y el propio *Fuero General de Navarra* afirma que el natural de Navarra se sirve de la expresión *gayzes berme* para designar la voz *ferme*.

La documentación más copiosa de la vigencia de la lengua vasca en el conjunto de Navarra durante la Edad Media la constituye la documentación de nombres de persona y de lugar a partir del siglo X, si bien sólo en parte reflejan la pronunciación vasca. En la documentación navarra tenemos a veces dobles romanzados como *Sancho*, *Acenar*, *Velasco*, *Galindo*, etc., junto a los vascos *Anso*, *Acear*, *Berasco*, *Garindo*, etc. Abundan los apodos como *Arspuru* ‘cabeza de oso’ (1193), *Ozzaburu* ‘cabeza de lobo’ (1042), *Aurgutia* ‘niño pequeño’ (1198), *Andia* (1203), *Aoçabala* ‘boca grande’ (1173), *Beatça* ‘el dedo’, *Biçarra* ‘la barba’, *Baraçuri* ‘ajo’, *Sudurra* ‘la nariz’, *Andurra*, etc.; o de oficio como *Araqüina* (del vasc. aragi ‘carne’, Rol Olite 1244), *Arotça* (id.), *Orraçüina* (del vasc. orratz ‘aguja’, orrazi ‘peine’, id), *Çamargüina*, *Çarraquina*, *Çorraquina* ‘el que hace costales’.¹³

La toponimia navarra al norte de la frontera lingüística señalada, registrada en la documentación medieval es riquísima en materiales euskéricos, destacando por su interés la consignada a propósito de la relación de seles de Roncesvalles de 1284,¹⁴ y

(10) Cf. «Vascuence y romance en la historia lingüística de Navarra», *BRAE L*, Madrid 1970, pág. 45.

(11) Cf. Tomado de F. González Ollé, *art. cit.*, pág. 45, n. 49.

(12) Cf. más amplia información y bibliografía en F. González Ollé, *art. cit.*, pág. 46 y en R. Cierbide, «Plurilingüismo histórico en Euskal Herria», *FLV*, 56, Pamplona 1990, pág. 155.

que contienen frases completas, como: *Guivel alde ychissia ergue*, *Çaarquin bide*, *Onbaçendu*, *Urdirçaqui bidaburua*, etc. Otro tanto se puede decir de la toponimia menor recogida por J. M^a Jimeno Jurío en las cendeas de la Cuenca de Pamplona.¹⁵

Otros testimonios escritos tenemos en el vocabulario de Aimery Picaud, peregrino del XII y autor de la primera guía de los peregrinos jacobeos e incluido en el *Liber Sancti Jacobi. Codex Calixtinus*.¹⁶ Igualmente las palabras y expresiones vascas del texto del *Fuero General* cuya copilación data del último tercio del siglo XIII, como *opil arinçada* 'pecha del pan', *On bazendu avaria* 'cena clamada en los bascongados', *açaguerico* 'pecha clamada en bascuenz', *gayzes berme* 'fiador respecto al mal', etc. Del siglo XIV tenemos una breve oración popular o *pater noster chiquito*, procedente de la catedral de Pamplona y que se ha perpetuado en la tradición popular de Navarra y Guipúzcoa, como lo prueban las muestras recogidas por J. A. de Donostia y R. M^a de Azcue.¹⁷ Del siglo XV datan otros textos, como la carta bilingüe, romance de Navarra y euskera, cruzada entre dos funcionarios de la Cámara de Comptos (Machín de Zalba y Martín de San Martín, de 1412), la copla cantada en honor del rey Juan de Albret (1494) y el vocabulario de Arnold von Harff (1496-98).

A decir verdad estos testimonios alusivos a la lengua vasca propia de las gentes de la montaña y de buena parte de la zona media, es decir de los navarros del hábitat disperso de la zona atlántica y de pequeñas aldeas, parece estar ausente de las villas y responde a un estilo o registro informal. Por su misma estructura y ser hablada en un ámbito reducido ajeno al área urbana, el euskera no podía aspirar a convertirse en lengua de relación o común entre gentes de lenguas maternas diferentes. De hecho el euskaldún, tan pronto como ampliaba el círculo de acción, se veía obligado a servirse de un romance, al norte del gascón y al sur del romance de Navarra o del castellano. De ese modo el euskera, de salida, estaba muy mal situado para ganar la carrera, a pesar de su evidente arraigo popular.¹⁸

3.1.2. El romance navarro

Dos fueron fundamentalmente las variedades románicas habladas en la Navarra medieval. Una, autóctona, el romance de Navarra, íntimamente ligado al aragonés de las tierras de la Canal de Berdún, Sos, Ejea y Cinco Villas, hablado en la capital del reino, Tudela, Estella, Sangüesa, Olite, Estella y en las demás villas del reino; y la otra, ajena al país, el occitano común, próximo al languedociano de Toulouse, Rouergue y Quercy, de carácter arcaizante y circunscrito a los burgos de San Cernin y San Nicolás de Pamplona, de San Martín y San Juan de Estella, Puente la Reina, Sangüesa, acaso Burguete, y empleado por los funcionarios de la cancillería real particularmente durante los siglos XIII y XIV.

El romance de Navarra, a medio camino entre el aragonés pirenaico y el castellano medieval, y cuyo origen habría que buscarlo al este del reino en contacto con las gentes

(13) Cf. Cierbide, R. *Olite en el siglo XIII*, Pamplona 1980, págs. 116-17, 118-20, etc.

(14) Cf. Michelena, L. *Textos arcaicos vascos*, Madrid 1964, Minotauro, págs. 36-38.

(15) Cf. *Toponimia de la Cuenca de Pamplona. Cendea de Cizur*, Bilbao 1986, Euskaltzaindia; *Cendea de Galar*, 1987; *Cendea de Olza*, 1989; *Cendea de Iza*, 1990; *Cendea de Ansoain*, 1992.

(16) Cf. Michelena, L. *Textos Arcaicos*, págs. 49-51.

(17) Cf. Michelena, L. *Textos Arcaicos*, págs. 57-59.

(18) L. Michelena en su obra *Historia de la literatura vasca*, Madrid, 1960, Minotauro, pág. 13, afirma: "Nada favorecería al vascuence, lengua aislada y sin cultivo literario, a no ser la presencia de una masa de individuos unilingües, que debemos suponer muy crecida en algunas regiones...".

límites de Aragón, al calor de los cenobios de Leire, Urdaspal, San Juan de la Peña, Sangüesa, las tierras fronterizas de la *Tierra Nueva* del reinado de Sancho el Mayor y de la Rioja navarrizada, se expandió por el sur, primero con la conquista por Sancho Garcés I de Nájera, Viguera, Albelda, Calahorra y Arnedo y del Condado de Aragón a principios del siglo X y a partir del último tercio del siglo XI, de Peralta, Falces y Villafranca, para completarse con la toma de Caparrosa y Santacara por Pedro I en 1102 y finalmente con la conquista de Tudela en 1119 por Alfonso I el Batallador.

Al ocuparse las tierras del valle del Ebro y del Bajo Aragón se creó un amplio territorio muy homogeneizado lingüísticamente, distanciado del norte pirenaico y surgieron nuevas villas aforadas, donde se concentró la población atraída por la concesión de tierras y de libertades. Pronto se convertiría en la parte del reino más rica y de mayor peso.

El latín medieval comenzaría a dejar paso al nuevo romance como instrumento de comunicación de la corte en sus intercambios diplomáticos con las cancillerías de Castilla y Aragón y para la redacción de los documentos tanto en los monasterios, conventos y curia episcopal, como en las villas, a principios del siglo XIII. Esta modalidad románica cuyas primeras muestras escritas son coetáneas de las occitanas –a partir de 1200–, experimentó una progresiva influencia castellana desde el siglo XIII, al contrario de lo que ocurrió con el aragonés pirenaico, más alejado y en contacto con las variantes pirenaicas del gascón bearnés y aranés, así como del catalán.

El conjunto de las villas realengas, dejando a un lado los burgos de francos ya citados, se expresaría desde el siglo XII en este romance, propio de las gentes libres no occitanas, que durante los siglos XIII y XIV representaría en torno a un 20 % de la población total, frente al conjunto de pequeños labradores pecheros, collazos y pastores, denominados *navarri* en los textos del siglo XII, de la mitad norte del reino que representarían los dos tercios de la población, en su mayoría de habla vasca.

La lengua administrativa de la corte y la empleada por los notarios y gentes libres de las villas que desde comienzos del siglo XIII constituyen la fuerza económica y política más importantes del reino, será el romance de Navarra, que alcanzará el *status* de lengua oficial del reino, como lo prueba Carlos II de Evreux el 27 de junio de 1350 al dirigirse a los representantes de las buenas villas *in ydiomate Navarre terre* con motivo de su coronación.

En esta modalidad lingüística se redactó la carta magna del reino, el *Fuero General*, así como las *Coronicas* insertas en el mismo, el *Liber Regum*, la *Crónica General de España* de fray García de Eugui, el *Cantar de Roncesvalles*, la *Crónica* de López de Roncesvalles y la *Crónica de los reyes de Navarra* de Carlos, Príncipe de Viana; obras todas pertenecientes a la prosa jurídica e histórica, a excepción del *Cantar de Roncesvalles*.

La ausencia de obras literarias escritas en sus diversos géneros se explicaría, tal vez, debido a la escasa población del reino, carente de núcleos urbanos con una densa

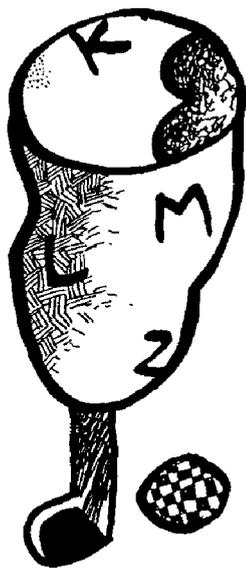
ocupación comercial, exceptuadas Pamplona y Tudela, la primera de las cuales contaba con una burguesía de cultura occitana, así como por la falta de centros culturales, factores todos que contribuirían a su lenta como inexorable asimilación por el romance castellano del que se diferenciaba solamente por ligeros matices lingüísticos, especialmente a partir del siglo XV. A todo ello habría que añadir que desde 1234 las dinastías que se sucedieron en el trono y buena parte de la alta administración hasta su conquista por Castilla en 1512-1522 fueron todas ellas de origen y cultura franceses.

3.1.3. El occitano de Navarra

A partir del 1080, durante el reinado de Sancho Ramírez, gentes del Midi se fueron asentando en la parte llana, al pie de la ciudad episcopal de Pamplona, llamadas por Pierre d'Andouque o Pedro de la Rosa, consejero del rey y antiguo monje de Saint-Pons-de-Tomière y protector de los canónigos de Saint-Sernin de Toulouse. Igualmente en Puente la Reina y en la que pronto sería la nueva villa de Estella, que recibirá su carta poblacional en 1090 con la concesión del Fuero, adaptación del de Jaca, de manos de Sancho Ramírez. Su segundo hijo, Alfonso I el Batallador, otorgará el Fuero de Estella a los habitantes de las nuevas villas de Sangüesa y Puente la Reina, así como al burgo de San Cernin entre 1118 y 1129. Posteriormente Sancho VI el Sabio completará esta política extendiendo dicho Fuero al burgo de San Nicolás de Pamplona y a los de San Miguel y San Juan de Estella.

En el breve espacio de unos cuarenta años se había consumado lo que el historiador J. M^a Lacarra no dudó en calificar de “verdadera revolución social”, al instalar los reyes navarro-aragoneses, con la decidida colaboración del obispo de Pamplona, una población ajena al reino, de habla occitana, compuesta por gentes oriundas de Toulouse, Cahors, Moissac, Limoges, Bordeaux y en general de Gascuña, especializadas en el cambio de moneda y menesteres artesanales con objeto de atender a los peregrinos que acudían a Santiago procedentes de Francia, Alemania, Países Bajos, Italia y otras tierras a través de las tres grandes rutas –la Lemovicense, la Turonense y la Podiense– que se unían en Ostibar-Ostavat para continuar por Baja Navarra, Roncesvalles, Larrasoña, Pamplona, Puente la Reina, Estella, etc., así como la Tolosana que desde Jaca penetraba en Navarra por Sangüesa para juntarse con la procedente de Ostabat en Puente la Reina.

Las disposiciones jurídicas de los fueros otorgados a estas gentes les garantizaban el privilegio de ser hombres libres con capacidad para realizar toda suerte de actividades económicas sin dependencia alguna de señores y les otorgaba el monopolio del comercio con el abigarrado mundo del peregrinaje. Se prohibió taxativamente el asentamiento de navarros en los burgos, tanto si eran clérigos, infanzones o simples labradores por considerarlos desconocedores de los oficios e incapaces de expresarse en su lengua, así como posibles competidores. Los nuevos llegados pronto se convirtie-



ron en expertos cambistas aportando las técnicas comerciales y de gestión de negocios de Lombardía, Cahors y Toulouse, y cumpliendo la función, junto con los judíos, de proveedores de la corte y de los ricos hombres.

La lengua de estas gentes, consignada en los textos notariales y administrativos, responde a un tipo de occitano estandarizado, propio de la *koiné* tolosana, que circuló como lengua de negocios entre los comerciantes de todo el Midi y de cuantos se aventuraban por el Mediterráneo, como lo prueban documentos escritos por mercaderes provenzales asentados en Alejandría en el siglo XIII. Posee rasgos arcaizantes, especialmente en la flexión verbal y presenta menos variantes que los dialectos coetáneos de Limoges, Provenza o Gascuña.¹⁹ Esta variante languedociana propia del siglo XI fue adoptada por los occitanos asentados en los burgos de Navarra al proceder de zonas muy diferentes, los cuales se vieron forzados a optar por la variante más común, al contrario de lo ocurrido con los gascones que acudieron a vivir a San Sebastián, Oyarzun, Rentería, Pasajes y Fuenterrabía a partir de 1181, o con los notarios bajonavarros, los cuales se sirvieron de la variante gascona a lo largo de los siglos XIII-XV.

Contamos con una masa representativa de documentos, más de 700, junto con las Ordenanzas o *Establismentz* de Estella, versiones occitanas de los Fueros de Estella y Pamplona, etc. redactados por notarios de los burgos de San Cernin y San Nicolás, de Estella, Puente la Reina, Sangüesa, Larrasoaña y Roncesvalles entre 1232 y 1380, así como con textos administrativos escritos por funcionarios de la Curia episcopal —el *Libre dels redetzmes* de 1248—, y el Rolde n° 1 de 1280 de la Cámara de Comptos, etc. En su conjunto se puede decir que el 65% de los textos conservados corresponde a la actividad desplegada por notarios al servicio del burgo de San Cernin, la Curia y la administración y un 25 % por notarios de Estella. Esta lengua occitana estandarizada y de rasgos arcaizantes no fue sólo lengua del comercio y de la administración, sino también de la calle, viva y coloquial, como lo demuestra un texto de 1258 conservado en el Archivo Municipal de Pamplona, donde se relata el incendio del burgo de San Nicolás. Al contrario la lengua del Cantar de gesta de la *Guerra de la Navarrería* de Guilhem Anelier de Tolosa, escrito poco después de los hechos (1276-1278), en Pamplona, que no refleja la lengua de este burgo, sino la del poeta tolosano, que narró los hechos de que fue testigo en honor del estratega francés Eustache de Beaumarchais que acudió a Pamplona en ayuda de los francos de San Cernin y San Nicolás, enfrentados con los ricos hombres que se habían hecho fuertes en la Navarrería. No cabe la menor duda de que los habitantes del burgo pamplonés entendían la lengua del poeta.

Esta lengua, distinta del romance de Navarra y exclusiva de los núcleos citados, se mantuvo viva hasta fines del siglo XIV, al contrario de lo que sucedió en otros muchos burgos del Camino de Santiago, poblados entera o parcialmente por *francos*, como Logroño, Belorado, Burgos, Sahagún, León y el propio Santiago; o fuera del mismo, como Tudela, Huesca, Zaragoza, Illescas y Toledo, donde el occitano fue absorbido

(19) Cf. Cierbide, R. *Estudio lingüístico de la documentación medieval en lengua occitana de Navarra*, Bilbao 1988, Servicio Edit. de la Universidad del País Vasco.

totalmente por los hablantes hispanos, hasta el punto que no conocemos un solo documento de dicha procedencia. Ello se explica, sin duda, debido a una compleja serie de factores, entre los que cabría señalar el de la importancia de dichos núcleos comerciales navarros, particularmente Pamplona y Estella, mucho más importantes que Jaca y Sangüesa, y sobre todo por estar inmersos en un contexto de hablantes vascos, que actuaron como una valla protectora y aislante frente al romance del sur. Los navarros euskaldunes vivían recluidos en sus *navarrerías* de Pamplona, Estella y Puente la Reina, constituyendo un grupo social culturalmente inferior y económicamente pobre, frente a los occitanófonos dedicados a actividades económicamente rentables y protegidos por fueros reales.

Con el paso del tiempo los navarros mezclados con los descendientes de los primeros occitanos asimilaron sus técnicas y conocimientos, imponiéndose el romance navarro, al ser éste la lengua oficial del reino. Su lengua corrió igual suerte que sus antiguos privilegios al fundirse sus burgos y la navarrería en una sola unidad en 1423 durante el reinado de Carlos III.

3.1.4. El hebreo de las aljamas de Navarra

La presencia de los hebreos se detecta a fines del siglo XI, especialmente en Tudela y Estella, si bien el primer documento importante sobre dicha minoría data de la segunda decena del siglo XII, cuando Alfonso I el Batallador, tras la conquista de Tudela en 1119 y del valle del Ebro, otorgó a los judíos que deseaban volver a dicha ciudad el Fuero de Nájera, permitiéndoles vivir en sus casas, alquilarlas o venderlas con la obligación de defender el castillo de la ciudad. El retorno de la aljama hebrea a Tudela impulsó a otros judíos a la formación de sus barrios en Estella, Pamplona, Sangüesa, Monreal, Viana, Laguardia, Olite, Val de Funes, etc., desarrollando su actividad en competición con los occitanos instalados en las villas navarras al calor del peregrinaje a Santiago de Compostela. Los reyes de Navarra desde Alfonso I hasta Juan de Albret mantuvieron una política generosa de acogida, interesados por el dinamismo de esta minoría en crear riqueza y en su capacidad en el pago de impuestos, siempre superiores a los aportados por los pecheros de la tierra. Se encargaron de la percepción de impuestos, particularmente en Tudela y Estella, convirtiéndose en proveedores, banqueros, administradores de la nobleza y a menudo en médicos de la corte.²⁰

De acuerdo con los *Libros de Fuego* del siglo XIV²¹ sabemos que antes de la mortandad de 1348 el número de vecinos adultos de Tudela se aproximaba a 350. En 1366 Pamplona tras la peste de mediados de siglo había recuperado el número de fuegos de su aljama con 135, Estella con 204, Cortes, Corella y Arguedas con 57. En 1391 había descendido su número a la mitad en Tudela, así como en Pamplona donde sumaban entre 100 y 150. En 1366 el conjunto de judíos pecheros ascendía a 523, equivalente al 3'3 % de la población global.

(20) Cf. Leroy, B. *Judíos en Navarra*, de la obra *Moros y judíos en Navarra*, de Mercedes García-Arenal y Béatrice Leroy. Madrid 1984, págs. 183-85.

(21) Cf. Carrasco Pérez, J. *La población de Navarra en el siglo XIV*, Pamplona 1973, págs. 135-153.

Las aljamas hebreas estaban organizadas de forma similar a un concejo medieval, con su *bedin* o *albedin* que se encargaba de la recaudación del *bedinage* o multa impuesta a los judíos, y sus jurados contaban con un consejo de notables que se ocupaban del cumplimiento de las ordenanzas o *tacanot*. Así en 1305 se citan en Tudela a los Falaquera, Abbasi, Pesat, Shaib, Daud, Menir, Camis y Orabuena, como los representantes más prestigiosos de su aljama.

Al contrario de lo que acontecía en la sociedad medieval cristiana, en la cual la práctica totalidad de sus miembros era analfabeta, en la aljamas hebreas sus miembros activos estaban *alefatizados*, debido a que en sus escuelas aprendían a leer y escribir en *aljamía* –lengua romance escrita en caracteres hebreos– y en hebreo propiamente dicho, más o menos correcto según los casos, en conformidad con lo dispuesto en el *Safer-hasterot* compuesto en el siglo XII por R. Yehudá al-Bargeloní.

Como advierten Yom Tov Assis, J. R. Magdalena y Coloma Lleal²² los judíos hispánicos redactaron en hebreo documentos administrativos relacionados con los negocios, de tal modo que si el destinatario era judío se servían del hebreo y si era cristiano, al final del texto se añadía a modo de resumen unas líneas en hebreo, así como sus firmas.

Por lo que se refiere a Navarra, Baer²³ afirma: "De aquel tiempo se han conservado en Navarra muchos y muy instructivos restos de registros y documentos, a través de los cuales podemos ver que un número de casas comerciales judías volvieron a alcanzar allí, después de la destrucción de 1328, un cierto nivel de riqueza y prosperidad. [...] El Archivo de Comptos del reino de Navarra conserva gran cantidad de talones y recibos firmados en hebreo por agentes y médicos judíos que tuvieron intervención en las finanzas del reino".

La documentación hebraica conservada en el Archivo General de Navarra constituye, a decir de Yom Tov Assis, J. R. Magdalena y Coloma Lleal,²⁴ "...el más interesante e importante conjunto documental en hebreo y en aljamía hebraicorromance de España". Estos textos demuestran que los hebreos de Navarra poseían un conocimiento de su lengua más o menos fluido según los casos, pero suficiente, ya que se sirvieron del mismo para redactar sus notas y apuntes de carácter personal y profesional. Entre estos escritos se pueden citar los *pingasim* o cuadernos fiscales, los *taqqanot* u ordenanzas y los *shetarot* o documentos legales, redactados de acuerdo a fórmulas estereotipadas adoptadas por todas las aljamas hebreas y copiadas por el *sofer* o escriba.

Este sociolecto judío de Navarra, de acuerdo con los autores citados, revela que a lo largo de la Edad Media los hebreos de las aljamas navarras se sirvieron de una lengua vehicular vernácula, de amplio uso en el seno de la judería, muy influido por el léxico y la sintaxis del romance navarro y que formó parte del legado cultural que se llevaron tras su expulsión de Sefarad o España.

Por último y como prueba de la aportación cultural de la comunidad judía al patrimonio común de Navarra cabría citar, entre otros, a Yehudá ha-Leví, Abraham ben

22) Cf. *Judeolenguas marginales en Sefarad antes de 1496. Aljamía romance en los documentos hebraiconavarros (siglo XIV)*. Barcelona 1992, págs. 6-7.

(23) Cf. Yitzhak Baer, *Historia de los judíos en la España cristiana*, Madrid, 1981, I, pág. 35.

(24) Cf. *Judeolenguas marginales en Sefarad*, pág. 1.

Ezra y a Benjamín de Tudela, cuyo *Safer ha-Massaot* o *Libro de Viajes* ha editado con tanto acierto el Gobierno de Navarra en su versión hebrea con traducción al euskera y castellano.

4. ÉPOCA MODERNA

A partir del siglo XVI profundos cambios políticos, económicos y culturales alteraron la sociedad navarra. En efecto, en 1512 las tropas castellanas mandadas por el Duque de Alba, D. Fadrique de Toledo, con un ejército formado por veteranos de los Tercios de Italia, reforzado por hombres de armas procedentes del bando beamontés, de Álava y Guipúzcoa, conquistaron el reino poniendo fin a la independencia de Navarra con la incorporación definitiva a Castilla en 1522 tras el último intento por recuperar su reino Enrique II de Albret con ayuda de sus fieles agramonteses y gascones. El complejo panorama lingüístico medieval se simplificó con la expulsión de las aljamas hebreas (1498), así como de las pequeñas comunidades moriscas de Cascante, Monteagudo, Pedriz, Barillas, Fontellas, Ribaforada, Cortes y Tudela (1516). En cuanto a los burgos poblados por occitanos, éstos se fueron navarrizando a lo largo del siglo XIV para fundirse con los autóctonos, desapareciendo su *scripta* a fines del citado siglo. A decir verdad no quedaron más que el euskara y el romance profundamente castellanizado.

Con la incorporación de Navarra a los dominios de la corona con Carlos V, ésta conoció un período de relativa prosperidad motivado por el cese de las guerras y su participación en la conquista y colonización americanas. El *idioma Navarre terre* dejó de existir como lengua oficial del virreinato, siendo sustituido por el castellano. Literariamente los escasos escritores que se suceden a partir del siglo XVI se sirvieron bien del castellano, bien del euskera, como lo prueban los certámenes literarios convocados por D. Antonio Venegas de Figueroa, obispo de Pamplona, en 1609 y 1610. El romance de Navarra quedaría únicamente como lengua coloquial del pueblo, progresivamente castellanizado con rasgos vulgares, sin ningún uso escrito. El castellano se irá imponiendo empujando hacia el norte al euskara, particularmente a partir del siglo XVIII, en que se advierte un uso cada vez mayor, tanto en los núcleos urbanos de Pamplona, Tudela y Estella, como en las demás villas y aldeas. El mantenimiento del euskera entre el pueblo estuvo en relación directa con la inmovilidad del elemento campesino de la sociedad navarra.

El *Registro de villas y lugares de habla bascongada del obispado de Pamplona* compuesto en 1587²⁵ sitúa el límite sur del euskera en Navarra de este a oeste en: Peña, Cáseda, Gallipienzo, Ujué, Pueyo, Barasoain, Villatuerta, Estella, Zufía, Murieta y Galbarra. Cita como “romanzados”, si bien serían bilingües por los datos que se conocen relativos al siglo XVII: Tafalla, Artajona, Oteiza, Ayegui, Villamayor, Morentin, Muniain, Estella, Arróniz, Azqueta, Legaria, Ancín y Acedo.

(25) Cf. Lecuona, M. de «El euskara en Navarra a fines del siglo XVI», *RIEV*, 1923, págs. 365-374.

4.1. *El euskera en el siglo XVII*

Pamplona. Se sabe con certeza que a lo largo del siglo XVII el euskera era particularmente vivo en el antiguo burgo de San Cernin, ya que en las Cuentas del tesorero del Ayuntamiento de Pamplona de 1604 se dice:²⁶

Los rexidores dixeron que considerando que el lenguaje primero y natural de la dicha ciudad (Pamplona) y sus montañas de donde por la mayor parte heran los moços y moças de serbicio hera el bascuence y que assi como otros muchos vecinos y habitantes no sabían ni entendían otra lengua que el dicho bascuence[...] se predique en la dicha lengua bascongada desde la una de la tarde asta las dos en la parroquia de la iglesia de San Cernin o en otra”.

Igualmente se vuelve a decir en un Acta del 31 de agosto de 1608 a propósito del barrio de las Carpinterías (Santo Domingo y Hospital Viejo) por boca de su prior Martín de Lecaun que leyó a los mayores del barrio un escrito “en bascuence”, explicándoles en dicha lengua su contenido. Años más tarde, en 1665, en un pleito contra el colector de limosnas de la parroquia de San Cernin, el Vicario General de la diócesis declara: “... que es necesario saberla por haber muchas personas así vecinas de esta ciudad, como fuera de ella y casi todas las que concurren a oír missas en la parroquia de San Cernin son vascongadas...”

Estella. A propósito de Estella la vigencia del euskera se constata especialmente en el barrio de San Juan, ya que su cabildo echa en cara en 1607 al obispado la provisión de vicario en el nombramiento de un castellano hablante, cuando “... en dicha parroquia más de la tercera parte son vascongados y no saben romance”.

Tafalla, Valdorba, Ujué y Artajona. Tafalla debía ser a fines del siglo XVII (1693) la frontera meridional de la lengua vasca, ya que tenemos el informe del religioso capuchino italiano P. Arezzo quien escribió en el relato de su viaje, refiriéndose al convento de la entonces ciudad: “... da Tafalla in qua comincia il *linguaggio biscaglino* che e difficile d'intendersi per esser diverso d'allo *spagnolo*...”; es decir, ‘a partir de Tafalla comienza el lenguaje vizcaíno que es difícil de entender por ser distinto del español’.

En la villa de Ujué similarmente se detecta la presencia de hablantes vascos en 1611, ya que en una declaración presentada por los vecinos de la misma contra un cirujano que había intervenido a un niño, se expresan en vascuence. Igualmente en Artajona era usual, ya que con motivo de una encuesta realizada para la concesión de una ejecutoria de nobleza el año 1704 se dice que Nicolás de Armendáriz, natural y vecino de dicha villa “se explicó en vascuence”.

Sada y Lumbier. La lengua vasca estaba viva en la vertiente sureste de la Valdorba, en los pueblos de Lerga, Eslava y la Vizcaya, como lo muestra la declaración presentada el 30 de septiembre de 1605 ante Fray Juan de Hualde por Martín Baztán, vecino de

(26) Cf. Apat Echebarne, *Una geografía diacrónica del euskera en Navarra*. Pamplona 1974, págs. 77-79.

Sada, quien declaró en vascuence. A propósito de Lumbier, en 1629, con motivo de un conflicto entre las gentes de la villa y el monasterio de Leire, un vecino amenazó a un monje diciéndole en euskera: “Indac onat maquil ori, nic adikutu diac fraile hoc”, que traduce el documento diciendo: ‘dame acá ese palo que yo entenderé a estos frailes’.

4.2. *El euskera en el siglo XVIII*

El siglo XVIII marca, al parecer, una etapa en la que el bilingüismo euskera-castellano se va imponiendo más y más, siendo viva la presencia del vascuence en los dos tercios del territorio navarro, como se deduce del documento expedido por D. Gaspar de Miranda, obispo de Pamplona en 1765²⁷ donde se afirma que el euskera “ocupa de tres partes del obispado dos y más”. Advierte asimismo de su retroceso y de la implantación del bilingüismo, gracias a la enseñanza del castellano en las escuelas: “... hasta ahora veinte y quatro años había más número de vascongados que al presente [...]. En la llamada tierra vascongada los más saben el castellano, especialmente en los pueblos crecidos, por haberse introducido este idioma generalmente con plausible providencia de enseñarlo los maestros, no solo a los niños prohibiéndoles el bascuenz, sino a todo el pueblo”.

Tres años más tarde (1768) en el memorial presentado por los receptores vascongados al obispo de Pamplona, Mons. Irigoyen, se dice que la extensión del euskera en Navarra alcanzaba “a la mitad de este reino” y que a excepción de los sacerdotes, escribanos, médico, boticario, cirujano, estudiantes y algún que otro labrador y trajinante, todos los demás hablaban euskera “por ser la usual y corriente que se habla y entiende con segura perfección y en ella celebran todos los actos jurídicos y verbales del Concejo”.

En este mismo proceso se afirma que el euskera se hablaba en Puente la Reina, Valdizarbe, Valdorba y parte del Valle de Aibar, ya que dice el documento que “en los más de ellos ha sido y es corriente y aun generalmente lengua vulgar la vascongada”. El límite meridional en 1778 estaba al norte del Romanzado²⁸ siguiendo por el Valle de Aibar, la Vizcaya, sur de la Valdorba, Estella y las Amescoas. Eran de habla vasca el norte de Sangüesa (salvo el Romanzado), Ibargoiti, la Valdorba, la Cuenca de Pamplona, Puente la Reina y parte de Estella.

4.3. *El euskera en el siglo XIX*

La población rural de las aldeas de la Cuenca de Pamplona conservó la lengua vasca hasta mediados del siglo XIX, como lo muestra F. Lacave,²⁹ romanceada más y más en contacto con la ciudad a donde acudían los cuencos semanalmente al mercado. El hecho de ser motejados despectivamente sus habitantes por su habla provocó que se vieran obligados para hacerse entender en una especie de jerga vascocastellana, producto de

(27) Cf. DDAA, *Geografía histórica de la lengua vasca*, San Sebastián 1966, Auñamendi, págs. 74 y ss.

(28) El Romanzado, situado junto a Sangüesa y Javier, en el extremo este de Navarra, debió constituir un foco muy antiguo de habla romance dentro del territorio de habla vasca, como lo señalan J. M^a Lacarra en su trabajo «El primer románico en Navarra», *Príncipe de Viana*, 1944, pág. 224; y Caro Baroja, J. *Materiales...*, pág. 17.

(29) Cf. *La defensa de los aldeanos de la Cuenca de Pamplona*, Pamplona 1985.

la interpolación de las dos lenguas y que Perico Alejandría³⁰ considera como “lengua mixta, fruto de la corruptela de ambas”. En parecidos términos se expresa J. M^a Iribarren que la define como “jerga medio vasca, medio castellana” que se caracteriza tanto por tener rasgos fonético-morfológicos y construcciones vascas, como por su léxico mezcla de euskérico y de castellano vulgar.³¹

4.4. Avance del castellano.

Hasta que el castellano no se impuso en el dominio peninsular, la modalidad románica que competía en Navarra con el vascuence fue, como es sabido, el romance navarro-aragonés y a partir del siglo XVI en que se impuso el castellano, siguió influyendo a nivel popular en calidad de adstrato, como señala F. González Ollé.³² La zona de expresión romance formaba una gran unidad que vinculaba a Navarra con la Rioja y el Valle del Ebro hasta Zaragoza y se caracterizó por servirse de un romance muy homogeneizado, por ejemplo en la pronunciación del grupo /tr/, la inacentuación de los adjetivos demostrativos y el tono relativamente alto del fin de frase.

Su proceso de expansión a costa del vascuence fue inicialmente interior dentro de una dimensión más social que espacial debido a ser la lengua de la monarquía y de la cancillería real y después, a partir del siglo XVI, se aceleró, esta vez suplantado por el castellano desde el sur, este y oeste. Juan de Valdés (1490-1541)³³ señalaba (1490-1541) que el castellano: “...se habla no solamente por toda Castilla, pero en el reino de Aragón, en el de Murcia con toda el Andalucía y en Galicia, Asturias y Navarra, esto aun entre gente vulgar, porque entre la gente noble tanto bien se habla en todo el resto de España...” y advierte que cada provincia tiene sus vocablos propios y maneras de decir.

La castellanización del romance navarro se inició antes que en Aragón y sin duda más rápidamente, acaso debido a la falta de literatura propia, el relativo escaso número de hablantes con respecto a Aragón y por la comunicación con Castilla. Este fenómeno se había prácticamente consumado antes de la conquista del reino (1512-1521) al menos a nivel de lengua escrita, de tal suerte que los pocos literatos dignos de tal nombre que se sucedieron en Navarra a partir del siglo XVI escribieron en castellano culto con algún que otro rasgo propio de la tierra, como fue el caso de la obra del tudelano Jerónimo de Arbolancha (1546-1572), *Los nueve libros de las Abidas*, y de Antonio de Eslava, natural de Sangüesa, autor de una colección de novelas cortas, titulada *Noches de invierno*, impresa en Pamplona en 1609.

El viejo romance medieval quedó reducido a escasos modismos especialmente léxicos y fue reemplazado totalmente por el castellano y cuando en pleno siglo XIX autores como Navarro Villoslada, Arturo Campión, Hermilio Olóriz o Juan Iturralde buscaron su inspiración en el pasado histórico y en las tradiciones heroicas y costumbristas de Navarra, éstos se sirvieron del español, al haberse extinguido el romance propio hacía siglos.

(30) Cf. *Guía de la ciudad y manual de curiosidad*, Pamplona 1863.

(31) Tomado de González Ollé, F. «El romance navarro», *REF* 1970, págs. 80-81, donde aporta más información relacionada con los artículos periodísticos de Cándido Testaut Macaya “Arako”, muerto en 1956.

(32) Cf. *El romance navarro...*, págs. 70-71.

(33) Cf. *Diálogo de la lengua*, edición de J. de Montesinos, Madrid 1946, pág. 35.

En el momento presente asistimos a una actitud nueva por parte de las instituciones, especialmente del Gobierno de Navarra, el cual a través del servicio de Política lingüística ha emprendido la tarea de conservar el patrimonio heredado de la lengua vasca mediante la subvención a los centros escolares, de acuerdo con las diferentes zonas donde está total o parcialmente vigente.

Esperemos que el futuro nos depare unos resultados de armoniosa coexistencia de las dos lenguas, euskera y castellano, como vehículos de convivencia social.

RICARDO CIERBIDE
Euskal Herriko Unibertsitatea
Universidad del País Vasco

